

REFLEXIONES SOBRE LA ESTRATEGIA ATOMICA

Hasta nuestros días el fin de todas las guerras ha sido el de conseguir por medio de las armas una mejor situación en la paz, con el propósito de mejorar el sistema de vida del pueblo propio, generalmente a costa de otro, pero sin tratar de aniquilar a éste, por lo menos en la mayor parte de los casos.

Esta forma de proceder conducía a una política de guerra que fijaba unos objetivos. La estrategia era la encargada de planear el conjunto de operaciones navales, terrestres y aéreas para alcanzar dichos objetivos. Así, por ejemplo, la política de guerra de Alemania en 1914 era la de destruir el ejército franco-británico a fin de fijar las condiciones de una capitulación.

La estrategia elaborada para alcanzar este fin era el famoso plan Schlieffen, consistente en el envolvimiento del ala izquierda del ejército francés, violando la neutralidad belga, aceptando las consecuencias de estos hechos. En este mismo conflicto, la política de guerra inglesa consistía en mantener un bloqueo comercial y militar de Alemania, con el fin de arruinar su potente comercio. La estrategia naval elaborada para lograrlo fué un bloqueo abierto desde la base de Scapa Flow, que dejase a los barcos alemanes encerrados en el mar del Norte.

La táctica hasta nuestros días ha consistido en los procedimientos de combate apropiados en cada época, teniendo en cuenta el estado de desarrollo de los armamentos, siendo, por lo tanto, un elemento esencialmente variable.

Ahora bien, las características más destacables y más constantes de estos armamentos han influido de modo extraordinario en la forma de hacer la guerra, así como en los principios más fundamentales de ésta. Estas han sido hasta ahora su corto alcance y su pequeño poder destructivo unitario; estos hechos han traído consigo las siguientes consecuencias:

— El corto alcance de las armas, como máximo en nuestros días de unas decenas de kilómetros, hacía preciso que para alcanzar un objetivo estratégico hubiera necesidad de efectuar varios desplazamientos de los medios de fuego. Ello exigía en las armas y combatientes movilidad.

— El pequeño poder de destrucción unitario de los proyectiles, un círculo de unas decenas de metros, hacía preciso la concentración de las armas.

— La necesidad de conseguir concentraciones por medios de desplazamientos hizo a su vez precisa la maniobra. En consecuencia, las características de las armas en esta gran época histórica ha creado los principios de concentración, movilidad y maniobra.

— Ahora bien, el pequeño poder unitario de destrucción, aún ha tenido otra consecuencia en la llamada guerra convencional, la necesidad de hacer sentir la presencia física en el territorio enemigo, es decir, la ocupación. La guerra no se consideraba acabada victoriosamente hasta que no se hubiera izado la bandera propia en el Ayuntamiento de la capital enemiga. Todo ello hacía que la movilidad, concentración, maniobra y ocupación fuesen las más destacadas características de las guerras llamadas convencionales.

— Pero tres desarrollos técnicos sucesivos han modificado profundamente el carácter de estas expresiones: estrategia y táctica. Estos adelantos han sido la aviación a reacción de gran radio de acción, los explosivos de destrucción masiva, nucleares y termonucleares, y los proyectiles balísticos autopropulsados conocidos por el nombre genérico de «missiles».

Estas nuevas aportaciones militares han roto de una forma drástica con las antiguas características de las armas a que hemos hecho mención, pues su alcance es extraordinario, algunas de ellas pueden batir cualquier blanco situado en no importa qué lugar de la Tierra, y los efectos destructores de los explosivos termonucleares casi alcanzan las características de movimientos sísmicos, además de las consecuencias que para la vida biológica tienen las radiaciones gamma que producen sus explosiones. No es posible, pues, si se aplican en las futuras conflagraciones, que las guerras sigan vinculadas a sus antiguos principios; además, la naturaleza de las destrucciones y la infección a que nos hemos referido hace imposible y hasta nociva la ocupación. Los objetivos en la guerra nuclear no se fijarán para conquistarlos, sino para destruirlos; mejor dicho, aniquilarlos, desintegrarlos, creando unas zonas sin vida y contaminadas.

Estos hechos, debidos a las nuevas aportaciones militares, hacen que la estrategia no signifique ya necesariamente movimientos de barcos ni de ejércitos, ni mucho menos ocupación física de los objetivos. La nueva estrategia se ha convertido en un catálogo de objetivos, y la táctica, en la destrucción de los más rentables.

Es sumamente importante para comprender la guerra nuclear partir de esta premisa: los objetivos no son para conquistarlos, sino para ser destruidos; en la guerra atómica no se puede pensar en el aprovechamiento ulterior de estos objetivos. Por esta razón, la estrategia, como acabamos de decir, se ha convertido en un catálogo de objetivos.

Después de haber expuesto así los problemas que ha suscitado el posible empleo de las nuevas armas nucleares en la guerra, dos preguntas surgen como consecuencia de esta exposición, la primera es: ¿Existe algún precedente en la Historia paralelo o análogo al creado actualmente ante la posibilidad de emplearse el explosivo nuclear en la guerra?, siendo la segunda: ¿Qué razones abonan su empleo en las guerras futuras?

A la primera pregunta podemos contestar que, en efecto, existen precedentes históricos comparables o paralelos a la aparición de la energía nuclear; lo fué el descubrimiento de la desintegración molecular producida al inflamarse la pólvora negra. Es, pues, preciso recordar las consecuencias de la aplicación de tal energía en la guerra en aquellos momentos, para poder deducir lo que podrá suponer para la humanidad la aplicación de la energía producida por la desintegración del átomo, en la guerra.

De una forma esquemática podemos decir que la energía liberada en la deflagración de la pólvora se empleó al principio de su uso en los grandes cañones pedreros, generalmente de enorme calibre, utilizándose para la demolición de fortalezas, es decir, con fines estratégicos y no tácticos. Su primer empleo en los campos de batalla fué en la forma de artillería de campaña, muy poco manejable, de las que los franceses tuvieron un gran parque con gran admiración de sus contemporáneos; con ellos comenzaron las guerras de Italia del Renacimiento, obteniendo éxitos tácticos, aunque no definitivos.

El siguiente paso lo dimos los españoles; éstos en su calidad de tropas ligeras de infantería, perfeccionaron su utilización en forma de armas portátiles, creando nuestras armerías de Eibar y Guipúzcoa, el mosquete y el arcabuz, capaces de ser utilizados por un solo hombre. Este armamento, manejado hábilmente por el infante español, terminó en poco tiempo con la infantería suiza pesada y con la caballería acorazada francesa, haciéndonos dueños de los campos de batalla de Europa y América, lo que trajo como consecuencia la creación de un imperio sin precedentes por su extensión en la Historia, aunque más tarde fuésemos rebasados por otros pueblos en el lógico devenir de los tiempos.

Estamos, pues, comparativamente hablando, como en los tiempos en que sólo se empleaban los grandes cañones pedreros con fines estratégicos y no tácticos; esto son comparativamente las ojivas de cinco megatonnes corrien-

tes en bombas de aviación en «missiles». Se hacen esfuerzos por crear una artillería atómica táctica o proyectiles balísticos tácticos análogos a los empleados por los trenes de artillería de Carlos VIII de Francia. Pero si continuamos el paralelismo de esta evolución, lo lógico será que aquel que consiga emplear el explosivo atómico en armas portátiles, es muy posible que sea el que se haga dueño del campo de batalla.

En la mar, lo mismo que el cañón de grueso calibre fué el rey de los armamentos navales durante siglos, es posible que sea la bomba de varios kilotonnes la que resuelva las futuras contiendas navales.

En cuanto a las consecuencias políticas y sociales que trajo la aplicación de la pólvora en los armamentos, son de todos conocidas: desaparición del feudalismo, aparición de las modernas nacionalidades y aumento del poder real, es decir, cambio de estructuración de la sociedad y concentración del poder. Es de esperar que el empleo de la desintegración del átomo en los armamentos traiga consigo una estructuración nueva de la sociedad y una concentración del poder en la forma que ya se empieza a dibujar.

De la segunda pregunta, es decir, de si se empleará o no la energía nuclear en las futuras guerras, existen dos escuelas que mantienen opiniones totalmente opuestas.

Aquella que sostiene que la extraordinaria potencia destructora liberada por el átomo al desintegrarse la convierte en un arma incontrolable, tan peligrosa para el que la emplea como para el que va lanzada, y que, por lo tanto, no será empleada por ninguno de los beligerantes futuros. En apoyo de esta hipótesis se señala el precedente ocurrido con el empleo de las armas químicas y biológicas en la Segunda Guerra Mundial, que, a pesar de estar puestas a punto y contando con grandes *stocks*, no fueron empleadas en ningún momento de la guerra, por temerse degenerara en una guerra de represalias sin control posible.

Los que argumentan lo contrario, es decir, la seguridad del empleo del explosivo atómico en los conflictos futuros, argumentan así:

La sociedad actual es una sociedad de masas. Sus características más destacadas son, la tendencia a la igualdad y la necesidad de planificación para conseguir desarrollarse. Es, pues, lógico, que en el choque armado de dos sociedades de estas características, las destrucciones tengan que ser masivas y no individuales o de pequeños grupos y que estas destrucciones tengan que ser planificadas para conseguir un máximo rendimiento de las mismas. De la misma forma que para combatir una plaga no se emplean los mismos medios si ésta es, por ejemplo, de ratones o de conejos, o los animales se presentan en la forma que lo hacen las hormigas o la langosta, pues en el primer caso bastan la preparación de trampas individuales o colectivas, en

el segundo será preciso emplear insecticidas de destrucción masiva. Es decir, que la constitución intrínseca de la sociedad moderna exige el empleo de los insecticidas en las guerras.

Otra justificación de su empleo, de naturaleza militar, consiste en las características de la maniobra estratégica en nuestro tiempo. Maniobrar consiste en la creación de una situación favorable con el fin de aprovecharla y destruir en ella al enemigo. Esta situación favorable, para poder sacar fruto de ella, necesita prolongarse algún tiempo; a este intervalo se le denomina «tiempo de duración de la situación favorable». Este citado intervalo, en las maniobras de la antigüedad se podía prolongar días y días; en las más modernas duraba menos, y en las actuales, en la Segunda Guerra Mundial, ha durado solamente horas; pero en aquellas en las que intervenga como elemento indispensable participante la aviación de reacción, durará minutos. Pero este tiempo, por pequeño que sea, por ser el correspondiente a la situación favorable creada por la maniobra con el fin de destruir en él al enemigo, ha de ser aprovechado a fondo y, por consiguiente, ha de necesitar emplearse en él explosivos cuyo poder destructor sea resolutivo en pocos minutos, y esto solamente se consigue con el explosivo nuclear.

Estas razones, sociales y militares, producen la consecuencia de que será muy difícil que la Humanidad se libre en el futuro, especialmente en guerras generalizadas provocadas por la división del mundo en dos bloques antagónicos, del empleo de las armas atómicas, cualesquiera que sean las consecuencias que se deriven de ello para la Humanidad, que pueden ser desde grandes destrucciones hasta la desaparición del hombre sobre la tierra. Esta es la interrogante que se abre sobre el próximo porvenir histórico, que hay que aceptar con todas sus consecuencias.

Con este pensamiento sobre una posible destrucción total se convierte en absurda una lucha llevada a cabo por los dos adversarios con medios nucleares, empleados éstos en escala cada vez más potente, por tratarse este tipo de lucha de una guerra de represalias siempre crecientes, con la consecuencia final de la destrucción total, o muy cercana a ella, sin ventajas para ninguno de los dos contendientes e incluso con la desaparición de un tipo de civilización.

Estos conceptos sobre la guerra nuclear parece ser que son los que se han abierto camino entre los dirigentes tanto del mundo occidental como del oriental. Pero, a pesar de ello, el antagonismo y la amenaza de la guerra nuclear subsiste y ha canalizado las ideas sobre el empleo de las armas nucleares dentro de unos caminos jalonados por las diversas situaciones de desequilibrio de los dos grandes rivales, habiendo con ello dado lugar a varias teorías sobre la aplicación práctica de estas nuevas armas.

La primera de ellas es la de la «estrategia disuasoria», conocida con el nombre inglés de «Deterrence». Esta teoría tiene su fundamento en la superioridad nuclear del Occidente y la superioridad rusa en armamentos convencionales. Con ella se trataba de contener los afanes expansionistas rusos, especialmente en Europa, con la amenaza de una respuesta atómica fulminante occidental sobre los objetivos enemigos vitales, especialmente los industriales y los políticos.

Al ser alcanzada por los soviets la paridad atómica cuando hicieron estallar su primera bomba de hidrógeno, poniéndose en igualdad de condiciones que sus rivales, la anterior teoría ya no tiene razón de ser y fué sustituida por la de «estrategia de represalias» o de «Retalation». La nueva situación surgida fué paliada en parte considerable por medio del rearme de Alemania en medios convencionales.

Esta situación ha traído como consecuencia una situación de equilibrio, el «Impass nuclear». Cada antagonista, al no ser capaz de detener la acción de represalia de su adversario, se abstendrá de emplearlo en la guerra, conclusión al parecer lógica si no se tienen en cuenta los factores sociales y militares antes citados y que producirá, llevando esta teoría al límite, la «Pax nuclear», producida por la estabilidad y paridad de los armamentos de los dos bandos rivales. Este hecho es nuevo en la Historia, y tanto como por la falta de antecedentes como por su excesivo optimismo, muchos dudan de su posible eficacia.

El desarrollo de la teoría de la parálisis nuclear ha hecho pensar en la imposibilidad de terminar con los conflictos llamados marginales, en los que el empleo en ellos de armamentos nucleares sea absurdo, continuando, pues, las guerras siendo posibles aun dentro de la «Pax nuclear».

De esta forma de pensar ha surgido la teoría conocida por el nombre de «Tacite bambe line» (Línea tácita de bombardeo). Según ella, la parálisis nuclear no protege más que ciertas zonas que forman un todo complejo económico y militar. Su acción no se hace sentir fuera de una línea ideal llamada «Línea tácita de bombardeo», de donde toma el nombre tal teoría. Esta línea rodea los objetivos más importantes para supervivencia. Pero fuera de ella existirán siempre zonas que encierren objetivos con importancia insuficiente para que sean arriesgados por ellos los intereses fundamentales protegidos por la parálisis nuclear.

Es decir, que existen dos tipos de zonas de características diferentes en la guerra atómica, unos protegidos indirectamente por la parálisis nuclear, otros fuera de protección indirecta. En este segundo tipo de zonas es en donde pueden producirse las guerras marginales. En ellas podrán emplearse a veces armas atómicas tácticas, como estuvo a punto de suceder en la gue-

rra de Corea; pero el caso más frecuente es que en ellas solamente se emplean los armamentos convencionales.

El hecho que, aun dentro de la «Pax atómica», exista la posibilidad de las guerras marginales, trae como consecuencia la necesidad de conseguir que estas guerras no se hagan generales, es decir, que no desemboquen en guerras nucleares totales con consecuencias desastrosas para la Humanidad. Para alcanzar este resultado se ha formado otra nueva teoría, la de las «Limitaciones», cuyo fin, como su nombre indica, es limitar el empleo de las armas nucleares en este tipo de conflictos.

Las limitaciones exigen un acuerdo y declaración conjunta de las potencias atómicas, que lógicamente tendría que ser hecha a través de las Naciones Unidas, de no emplear otras armas que las proporcionadas a la naturaleza del conflicto. Esta declaración podría tener los siguientes puntos básicos:

- Prohibición de bombardeos nucleares a los centros de población.
- No emplear las armas de fusión, sino únicamente las de fisión, contra las fuerzas armadas del agresor.
- Prohibición de armas bacteriológicas.
- Prohibición de las armas químicas.

Esta postura es correcta cuando se trata de guerras marginales en las que no se ponga en juego intereses vitales de las grandes potencias atómicas, es decir, en casos de guerras como las Corea, Quemoy, Congo o Laos; pero su éxito es dudoso cuando se pongan en juego intereses vitales de las grandes potencias que posean además armamentos nucleares, pues según una experiencia histórica, este tipo de guerras siempre han degenerado en luchas totales.

Otra dificultad para aplicar esta teoría de las limitaciones es la imposibilidad de señalar la traza geográfica de la «Tacite bombe line», dado lo ideal y fluctuante de esta línea, siendo la política de cada momento la única que podrá señalarla en cada caso.

Otra dificultad que se presenta es la de emplear en las guerras marginales armas nucleares tácticas sin el acuerdo de la nación que se socorre, siendo muy posible que éstas no accedan a ello debido a los riesgos que dicha ayuda podría proporcionarla. Por otra parte existe el peligro de que el adversario reciba también ayuda nuclear de sus poderosos aliados, conduciendo esta situación a un intercambio de proyectiles atómicos cada vez más potentes, dado el carácter de represalia que encierra esta forma de obrar,

con el riesgo consiguiente de producir una crisis política que desembocaría en una guerra nuclear total.

Como puede observarse, todas estas teorías sobre limitaciones no son más que pura entelequia, aunque las intenciones sean buenas y loables.

TEORÍA DEL GENERAL GAZIN SOBRE LOS PROBLEMAS QUE PRESENTA
EL «IMPASS NUCLEAR»

La única forma de salvaguardar la paz consiste en el mantenimiento de un equilibrio en armamentos nucleares; pero la consecución de este equilibrio no puede tener los mismos fundamentos que otro tipo de equilibrios históricos conseguidos sobre la base de una igualdad de medios de destrucción.

La característica más destacada del equilibrio nuclear estriba en el hecho de presentarse en diversas escalas, debiéndose conseguir este equilibrio en todas ellas si es que se quieren conseguir consecuencias realmente decisivas para la paz mundial.

Estas escalas han recibido los nombres de estrategia global, estrategia europea y táctica europea. Para su comprensión se han materializado en unas zonas, aun con el temor de caer en el riesgo de ser demasiado esquemáticas.

En el estado de la política actual del mundo, la estrategia global es aquella que se refiere a los objetivos situados tanto en el continente americano como en Rusia europea y asiática.

La estrategia europea es aquella que se refiere a los objetivos situados en la Europa central y occidental y a los de gran parte de Rusia europea.

La táctica europea consiste en la capacidad de contener al invasor terrestre lo más cerca posible del telón de acero.

Hacemos notar al dar estas definiciones que no se trata más que de una clasificación de objetivos según su situación en el panorama geoestratégico mundial.

Las zonas que interesan a estas tres escalas, calculadas en profundidad a partir del telón de acero, pueden aproximadamente ser evaluadas como sigue:

- Zona táctica europea. De 0 a 200 millas náuticas.
 - Zona de la estrategia europea. Hasta 1.000 millas náuticas.
 - Zona estratégica global. Más allá de las 1.000 millas náuticas.
- Esto se explica tanto en dirección Este como en dirección Oeste.

Los límites entre estas diversas zonas no son absolutos, como fácilmente puede comprenderse, pues existen lugares enclavados dentro de unas zonas, pero que pertenecen a otra; existe, pues, una cierta interpenetración entre las dos zonas cuyos límites citados son más bien para comprender la teoría sobre el equilibrio nuclear que vamos a exponer a continuación. No obstante, la línea de las mil millas reviste una importancia singular. Por el lado de Occidente engloba prácticamente a toda Europa occidental, comprendidas las Islas Británicas y todo el Mediterráneo. Por su lado oriental envuelve a casi toda Rusia europea.

Vamos a estudiar cómo se presenta el equilibrio en cada una de las tres escalas, examinando separadamente cada una de ellas.

EL EQUILIBRIO EN LA ZONA DE LA ESTRATEGIA GLOBAL

Por muy extraordinario que nos parezca, la capacidad de la estrategia global está contenida en una ecuación. Para comprender esta posibilidad hay que considerar que no se trata, como antaño, de maniobrar con buques ni con ejércitos, sino de colocar bombas o proyectiles sobre diversos blancos sirviéndonos de procedimientos mecánicos variados. En la estrategia nuclear no es el genio del jefe el que decide la victoria o la derrota, sino una ecuación establecida en tiempos de paz, que lo sustituye.

Para plantear dicha ecuación hay que partir de una hipótesis muy sencilla, que es el tomar como unidad la potencia estratégica de un avión de bombardeo con capacidad nuclear. Con este punto de partida, la ecuación la podemos plantear en su forma más sencilla como sigue:

$$X \cdot b \cdot c \cdot d \dots\dots\dots = A \cdot a$$

La interpretación de esta ecuación es la siguiente:

— *X* es el número de aviones y bombas necesarios para batir todos los objetivos propuestos.

— *a* es el coeficiente de concentración de bombardeo estratégico, es decir, el número de bombas necesarias para obtener un determinado efecto sobre un tipo de objetivo con una probabilidad dada. *a* variará, evidentemente, con cada categoría de objetivo y supone para cada caso un análisis muy preciso.

— *b* es un coeficiente de reducción que da la proporción de aviones que consiga atravesar la defensa antiaérea.

— c es otro coeficiente de reducción que da el tanto por ciento de aviones capaces de despegar en el caso más crítico antes de que sean destruidos en el suelo por el ataque aéreo enemigo.

— d y e son otros coeficientes cercanos a la unidad debido a causas comunes en los dos adversarios, tales como pérdidas accidentales, errores en la navegación, despistes, etc.

La obtención de estos coeficientes pertenece a especialistas del cálculo operacional. Las cifras que a continuación damos no tienen más valor que el comparativo y el de expresar los resultados a que se puede llegar al aplicar esta sencilla ecuación.

La ecuación se plantea y resuelve del siguiente modo:

Ecuación	A	a	b	c, d	X	Apreciación
E. U.	500	2,5	0,8	0,9	1.750	Resuelto
U. R. S.	700	2	0,5	0,7	4.000	No resuelto.

Se supone a la ecuación de los Estados Unidos como resuelta porque la cifra de 4.000 bombarderos pesados con su cargamento está más allá de las posibilidades rusas.

Los responsables de esta disparidad de resultados son achacables a la diferencia existente entre los dos coeficientes b y c de ambas naciones. Ello es debido a la favorable situación geoestratégica relativa de Estados Unidos respecto a Rusia. Debido a ella, la estrategia del «Air Command» americano se encuentra cubierto por plazos de alerta que varían entre las dos a las cinco horas. Esto es suficiente tanto para evitar destrucciones en el suelo por sorpresa, como para poner en actividad todos los medios de defensa e interceptación.

Por el contrario, la cadena de detección rusa está dentro de su propio territorio, salvo la cobertura de los países satélites. Los plazos de alerta se reducen, siendo muy cortos o inexistentes, haciendo por consiguiente la penetración aérea en territorio ruso menos costosa.

Por la misma razón, las distancias a recorrer por la aviación occidental varía entre 2.000 y 8.000 kilómetros. Para los soviets son todas ellas superiores a los 7.000 kilómetros. La geografía es mucho más exigente para los rusos que para los americanos. El resultado del análisis de esta ecuación salta a la vista; en la era del avión pilotado, el desequilibrio estratégico nuclear es tan favorable a los Estados Unidos, que Rusia no podría sobrevivir a un ataque. Es preciso recordar que el verdadero problema que se plantea en la estrategia nuclear es el de aniquilar al adversario y sobrevivir; la aniquilación del adversario sin supervivencia no conduciría a nada.

Esta resolución de la ecuación a favor del mundo occidental ha traído dos consecuencias de naturaleza diferente, una política y otra de dirección de la investigación científica.

La política ha consistido en la limitación de las iniciativas rusas, pues los occidentales, gracias a su supremacía atómica en esta época, han podido impedir toda tentativa ofensiva rusa sobre las fronteras europeas. Este desequilibrio se hizo patente a los rusos; cuando el bloqueo de Berlín no pudieron sacar las consecuencias que esperaban debido a la espada de Damocles nuclear que situaron los americanos al llevar sus fuerzas de bombardeo estratégico nuclear a Inglaterra durante la duración del conflicto. Los rusos en este período han reaccionado jugando en todos los conflictos en que el empleo del arma atómica era inconcebible.

Respecto a la investigación científica, los rusos no tenían otra solución que mejorar sus coeficientes *b* y *c*. La geografía no podían modificarla más que con las conquistas y éstas no podían realizarlas debido a la superioridad estratégica nuclear enemiga; estaba, pues, dentro de un círculo vicioso. Esto hizo dirigir la investigación soviética hacia los ingenios balísticos, pues éstos tienen la doble ventaja de sobrepasar sobradamente el alcance vertical de las líneas de detección y la de reducir los períodos de alerta a cero gracias a su velocidad. En consecuencia pusieron con razón la prioridad de sus esfuerzos en la resolución de los innumerables problemas técnicos que traía consigo la continuación de esa línea de conducta elegida.

INFLUENCIA DE LOS PROYECTILES BALÍSTICOS EN EL «IMPASS NUCLEAR»

El desarrollo de los «missiles» de mediano y de gran alcance, puesto de manifiesto en sus espectaculares éxitos alcanzados en la conquista del espacio exterior, puso en evidencia el que los occidentales no pudieran basar ya los fundamentos de su seguridad en la cobertura estratégica nuclear suministrada por el «Air Command» americano. Sin embargo, ello no quiere decir que la supremacía alcanzada por los grandes bombarderos fuera sustituida por completo por los proyectiles balísticos, pues ambas armas tienen unas características tan especiales que más bien se trata de dos armas complementarias y no rivales.

El bombardero tiene a su favor, que encuentra su objetivo, le identifica y le bombardea con precisión. También tiene a su favor que durante el vuelo puede recibir otras órdenes, cambiar de derrota o regresar. En contra tiene el hecho de depender de infraestructuras gigantescas muy vulnerables a los proyectiles con ojiva de cinco megatones. También tienen en contra el poder ser detectados e interceptados.

Por el contrario, el proyectil balístico tiene a su favor su débil vulnerabilidad en cuanto a emplazamientos se refiere, aunque, como veremos más adelante, también bajo este aspecto corren sus riesgos. Puede ser lanzado o desde plataformas fijas o móviles, e incluso desde submarinos y barcos. No son, por el momento, detectables o interceptables. En contra tienen su imprecisión relativa, aunque ya haya sido con mucho superada. Una vez partido no se le puede detener, como máximo se podrá autodestruir en la primera parte de su trayectoria. No tiene poder de reconocimiento ni de selección, no pudiendo atacar más que a objetivos de características determinadas. Desde el punto de vista de los objetivos militares no es un arma que se lo haga todo, el avión debe completarlo con reconocimientos muy precisos, incluso de las coordenadas geográficas.

Al querer introducir el proyectil balístico en la ecuación de la capacidad estratégica nos encontramos con que no existe ningún inconveniente esencial para hacerlo, únicamente que la ecuación se hace más compleja puesto que es preciso descomponer el parámetro A en diversas partes, como lo son los objetivos que precisen aún el avión y aquellos que sean susceptibles de ser alcanzados por proyectiles de mediano o de gran alcance, así como por diferentes medios de lanzamiento, estático, enterrado, móvil, marino, submarino, etc. Esto hace aún más compleja su resolución, pero no imposible, debiendo ser los organismos encargados del cálculo operacional los que lo resuelvan.

Para simplificar y tener una idea de las consecuencias de la introducción de esta nueva arma en el campo de la capacidad estratégica nuclear supondremos que de los 700 objetivos señalados, 500 son susceptibles de ser destruidos mediante el empleo de «missiles» y 200 continúan siendo objeto del bombardeo estratégico. Con estas hipótesis la ecuación para Rusia se plantearía de la siguiente forma:

Ecuación	A	a	b	c,d	X	Apreciación
U. R. S.	500	1	1	0,9	625	Resuelta
U. R. S.	200	2	0,7	0,8	715	Resuelta

Total 1.340

La consecuencia del examen de los resultados de esta ecuación es que Rusia ha resuelto su problema en el nivel de la estrategia global, pero contando con que los Estados Unidos han alcanzado un estado análogo respecto al desarrollo de sus proyectiles, se presenta una situación de equilibrio en el plano de la estrategia global. Pero este equilibrio, como dijimos al principio, es de una naturaleza muy especial, pues no se ha conseguido mediante una paridad de medios de destrucción, como ha sucedido en otros precedentes históricos,

pues el Occidente tiene muchos más medios que el Oriente, pero así y todo éstos tienen los suficientes para destruir todos los objetivos previstos de sus rivales. En cifras, se atribuyen en poder de los Estados Unidos y demás naciones del club atómico occidental, 85.000 armas atómicas, y 35 a Rusia. Se calcula *a grosso modo*, que por cada habitante de la Tierra existe un equivalente de cinco toneladas de trinitrotolueno en explosivos nucleares. Estas cifras, aunque sujetas a dudas, son un índice de la capacidad de destrucción en poder de los dos bandos. Este especial equilibrio ha recibido la siguiente definición: Es una capacidad recíproca de destrucción total, instantánea y simultánea, asociada a una incapacidad recíproca de neutralizar las reacciones del adversario mediante un nuevo Pearl Harbour nuclear.

ESFUERZOS POR SALIR DEL «IMPASS NUCLEAR»

Los dos grandes contendientes tratan por todos los procedimientos de salir de esta situación, de este «impass», de momento los dos adversarios hacen lo lógico, esperar, tratar de aprovecharse de las equivocaciones de su adversario y utilizar una política de chantaje en cuanto se produce cualquier síntoma de desequilibrio a su favor. Por otra parte, ambos contendientes buscan la salida técnica de este «impass» a base de constantes y valiosas investigaciones, hoy día dirigidas hacia la consecución de proyectiles balísticos cada día más perfectos y apropiados a los objetivos a que están destinados.

Vamos a analizar estos esfuerzos y ver en lo que ha desembocado esta política. En la Era que podemos llamar del avión pilotado, los Estados Unidos hemos visto tenían una auténtica ventaja respecto a la posibilidad de lanzar ataques devastadores sobre los objetivos rusos, por medio de su aviación de bombardeo estratégico. Esta aviación conocida por las siglas SAC está repartida en cuarenta y cinco aeródromos por toda la periferia de la U. R. S. S. y sus satélites. Estos campos se dividen en dos grandes grupos, treinta de ellos, los lejanos, se encuentran entre 7.000 y 8.500 km. de sus objetivos, los cercanos se hallan entre 4.500 y 6.000 km.

Esta serie de aeródromos e instalaciones están protegidos por una red de alarma radar, que en la mayor parte de los casos les permite un intervalo de cinco a seis horas, como mínimo, de reacción de los medios de defensa, para no ser destruidos por sorpresa.

Además, los norteamericanos cuentan con unas agrupaciones navales con portaviones gigantes que llevan embarcados bombarderos estratégicos con capacidad nuclear.

Los rusos, por el contrario, tienen la red de alarma en su propio territo-

rio y no pueden contar en la mayor parte de los casos con intervalos de alarma superiores a una hora. En consecuencia, en la Era del avión pilotado, aun contando con el mismo *stock* de armas atómicas, la superioridad de la situación geoestratégica de Occidente era evidente, y en ella descansaba su poder de intimidación y represalia y con ello la paz.

Pero desde que los soviets tomaron la delantera en el desarrollo de los proyectiles autopropulsados, balísticos y dirigidos, la situación cambió totalmente, pues los rusos no necesitan con tal arma poseer la supremacía aérea, ni tampoco el dominio del mar, para ser capaces de batir y destruir los objetivos propuestos en su estrategia, tanto de los norteamericanos como de sus aliados.

Los problemas que representan la realización práctica de estos proyectiles son cuantiosos, uno de los más importantes ha sido, hasta ahora, el de su precisión, pero últimamente ésta parece haberse logrado con un error comprendido entre 0,1 y 0,5 por 100, lo que garantiza su caída a una distancia del blanco dentro del radio de acción de un explosivo de varios megatones.

Otro problema consiste también en la irregularidad de su funcionamiento, parece ser que a este respecto hay que contar con que funcione normalmente uno de cada dos.

Estos dos factores condicionan un número de proyectiles o cohetes necesarios para batir con seguridad blancos determinados, así como condiciona también la capacidad rusa para oponerse con éxito a la represalia fulminante del SAC americano y de sus proyectiles autopropulsados.

La primera condición para que Rusia pueda efectuar un ataque nuclear masivo sobre su adversario, consiste en su posibilidad de destruir total y simultáneamente los cuarenta y cinco aeródromos del SAC y las plataformas de los proyectiles enemigos. Para conseguir lo primero, teniendo en cuenta los factores antes citados, necesita doce proyectiles cohetes por aeródromo, lo que totalizaría unos 500 provistos de ojivas de cinco o seis megatones.

Si suponemos que la U. R. S. S. tuviera un *stock* semejante, el plan de neutralización del SAC americano debería establecerse sobre la base de un empleo simultáneo y arrollador del bombardeo estratégico y los proyectiles. Parece lógico que los planes de vuelo serían estudiados de forma que sus aparatos abordaran simultáneamente las zonas del espacio en donde tienen más probabilidades de ser detectados, dirigiéndose a continuación sobre los objetivos más próximos a estas zonas. El lanzamiento de los proyectiles cohetes serían reglados para que cayeran la mayor parte a 6.000 y 8.000 km., al mismo tiempo que las primeras bombas comenzaban a caer entre los 2.000 y 4.000 metros. De esta forma la duración de la alerta norteamericana, suministrada por la posición geográfica, sufriría un acortamiento de cinco a dos

o tres horas como mínimo, tiempo que, aunque corto, se considera suficiente para la actuación de la aviación de represalia y que tenga tiempo para ponerse en vuelo y responder al ataque con otro semejante o todavía aún más terrorífico, si se tiene en cuenta, además, la posibilidad de los grandes portaviones de no ser destruidos, al menos en la etapa inicial de la acción, por sorpresa.

Para destruir con absoluta seguridad los cuarenta y cinco aeródromos del SAC quizá fuera preciso poseer mil proyectiles de cinco megatones. Si los rusos fuesen capaces de tener este número de proyectiles en sus *stocks*, podrán ser capaces de destruir a la fuerza atómica de represalia norteamericana casi simultáneamente. En los medios soviéticos se ha anunciado que para 1962 se habrá alcanzado dicha cifra. Si esto fuera cierto, será a partir de esta fecha cuando las previsiones del SAC comenzarán a ser inoperantes y habrá que pensar en la creación de otro instrumento de represalia, por lo menos tan eficaz como aquél. La respuesta a esta nueva situación no puede ser otra que la creación de *stocks* de proyectiles intercontinentales y de alcance medio capaces de rivalizar con los de su adversario. Estos ingenios han sido puesto a punto, con carácter operacional por los Estados Unidos en estos últimos tiempos en una verdadera carrera contra el reloj, ante los sorprendentes avances soviéticos evidenciados en sus ensayos por alcanzar diversos lugares del espacio exterior. Pero la potente industria norteamericana va produciendo modelos cada vez más perfectos y de características mejores. Las instalaciones de su lanzamiento han sido al principio al aire libre, pero existe un plan de creación de unas cavidades que los pongan a salvo del impacto directo, los llamados silos. De esta forma el número de proyectiles que necesitarán apretar los rusos para destruirlos antes de que sean lanzados, aumentará considerablemente, desde el momento en que se estimen ser precisos de dos a ocho proyectiles para neutralizar las rampas de lanzamiento al aire libre, y de seis a treinta para conseguir el mismo efecto en las subterráneas. Es decir, que si los norteamericanos consiguen preparar, en distancias menores de 5.000 kilómetros de las plataformas de lanzamiento soviéticas, 50 alvéolos subterráneos, aquéllas necesitarán 1.000 proyectiles para neutralizarlas. Además el SAC tiende a defenderse de este peligro aumentando la dispersión de su despliegue y consiguiendo que su intervalo de alarma sólo sea de cinco minutos. Todo ello haría subir a 2.000 los proyectiles soviéticos necesarios para aplastar la respuesta americana antes de que éstos se sirvan de ella, así como hacer preciso el lanzamiento prácticamente en una sola salva. Quizá esta cifra evaluada un tanto a bulto sea aún pequeña, y los rusos precisen de 3.000 para destruir con probabilidad de éxito la contrabatería adversaria.

Esta cifra de 3.000 no creemos imposible alcanzar ni por la U. R. S. S.

ni por los Estados Unidos, dada su potencialidad industrial, pero exigiría un considerable esfuerzo económico.

También es posible que el agresor considere más rentable el tomar como primer objetivo no las plataformas de lanzamiento de su adversario y sus campos de aviación, sino sus grandes ciudades, pues las aglomeraciones urbanas son mucho más sensibles que las rampas citadas. Se calcula que será suficiente lanzar cuatro proyectiles cohete con cofia de combate de cinco megatonnes para destruir en un noventa por ciento una aglomeración de seis kilómetros de radio. Con esta proporción, solamente con cien proyectiles de este tipo se destruirían veinte ciudades populosas, claro está que su destrucción traería consigo una represalia inmediata del mismo orden, puesto que el instrumento de represalia continuaría intacto o casi en plena eficacia. Ante un estado de cosas así el agresor potencial tendrá que justipreciar cuál de los dos objetivos tendrá que elegir, o si se verá obligado a emplear cien proyectiles en las ciudades adversarias y tres mil en el papel de contrabatería atómica. De todas formas, el funcionamiento matemático de este complicado mecanismo nadie lo podrá garantizar, siendo, por lo tanto, lo probable que su enemigo le devuelva los proyectiles y los bombardeos aéreos golpe por golpe, y la guerra global de represalia se desarrolle en un intercambio de cohetes cada vez más potentes y mortíferos. Este estado de cosas es lo que ha traído como consecuencia la situación de «Impass nuclear», es decir, la imposibilidad en los dos adversarios de encontrar una salida airosa y rentable. Este «Impass» es en realidad el que salvaguarda la paz y hasta ahora solamente se ha conseguido en el nivel de la Estrategia global.

«El sistema de conseguir este «Impass» por medio de la amenaza de contrabatería atómica formada por los proyectiles enterrados en silos, hace pensar en escala global, en la guerra de trincheras, pues hay que suponer que los rusos contarán en breve, si es que todavía no las tienen, con instalaciones similares a las de los norteamericanos. Este hecho pondrá frente a frente a dos gigantes redes de proyectiles en silos, talmente como si se tratase de las líneas Sigfrido y Maginot, amenazándose una a otra, pero sin ningún poder resolutivo sobre la línea contraria. Esta situación ha dado mucho que pensar, y en el campo occidental se teme que una vez construidos todos los silos proyectados, que la paz descansa en ellos, produciendo una moral de línea Maginot que tan tristes consecuencias produjo en el espíritu combativo del Ejército francés.

En el mundo occidental se ha tratado, pues, de romper esta línea de conducta atómica, huyendo de la defensiva que supone una línea de fortificaciones nucleares, tratando de nuevo regresar a la guerra de movimiento, es decir, a la maniobra que parecía había sido enterrada por este tipo de guerra.

La investigación científica occidental, mejor dicho, la norteamericana, ha

puesto el acento en los proyectiles de alcance medio, generalmente con combustibles sólidos y capaces por su tamaño para ser transportados en diversos vehículos móviles y, por lo tanto, introduciendo en este tipo de agresión la maniobra. Así han surgido dos tipos de proyectiles de diversas características: El proyectil naval «Polaris» sustituyendo al «Regulus» que transportan los submarinos con propulsión nuclear en una batería de dieciséis unidades, con un alcance de mil doscientos kilómetros, y que posibilita un ataque de este tipo hasta debajo del agua, es decir, impunemente, y situado en la región más a propósito para alcanzar el objetivo.

El otro proyectil es el «Skybolt» de características inferiores al «Polaris», pero dispuesto para ser transportado por los grandes bombarderos, que ya no necesitarán sobrevolar el territorio enemigo, ni tan siquiera entrar en área de localización radar, sino situarse antes de poder ser detectado, lanzando desde allí el proyectil. Este ha revalorizado por lo tanto a los grandes bombarderos en trance de desaparecer y ha dado a este arma una capacidad de maniobra extraordinaria. Occidente, pues, ha optado por no fiarse en la línea Maginot de silos, y aunque la sigue construyendo, tiene puestas realmente sus esperanzas en la maniobra por las alas de su gigantesco adversario, rebasándolas por medio de los «Polaris» de los submarinos nucleares y la revalorización de sus excelentes Alas de bombarderos gigantes.

Los rusos no parece que hayan llevado su investigación por ese camino. Sus submarinos modernos tienen una torreta extrañamente larga, y dicen quizá lleven en ella sus proyectiles de alcance medio similares al «Polaris». Pero nada hay seguro sobre ello. Por otra parte, sus resonantes éxitos en la investigación del espacio exterior parece indicar tratan de romper el «impass» apoyándose en él, por medio de satélites desde los que se puede vigilar y fulminar a su adversario. Sea lo que sea, la vuelta o el regreso a la maniobra, parece ser la característica más destacada de la guerra nuclear en estos últimos tiempos.

EL EQUILIBRIO EN LA ZONA DE LA ESTRATEGIA EUROPEA

Hemos visto que, de una forma o de otra, en la zona de la estrategia global el equilibrio ha sido conseguido. Si por alguna razón en esta zona este equilibrio se rompiera, la partida se inclinaría hacia el bando que adquiriera en un momento determinado la supremacía atómica de una forma incontrastable y el premio de esta gigantesca partida sería el dominio político militar sobre Europa. Esta situación convierte a este Continente en la apuesta del gran juego emprendido, hecho que los europeos rechazan como fórmula, aunque sea la actitud más cómoda de adoptar. ¿Cómo evitar esta situación? No hay otra forma de

salir de ella más que consiguiendo que tenga una estrategia propia e independiente en parte de la cobertura nuclear que le presta la estrategia global. Claro es que estas dos estrategias nunca pueden ser totalmente independientes una de otra, pues ambas se complementan y es preciso considerarlas como una parte de un todo, pero a pesar de ello Europa necesita una estrategia propia especialmente para no tener la sensación de ser el premio al vencedor del juego de intercambio de proyectiles que se efectúe por encima de su cabeza. Para que Europa llegue a tener conciencia de poseer una estrategia nuclear propia, es preciso que cuente con medios suficientes con qué poder alcanzar como mínimo a los objetivos situados dentro de la zona de las mil millas al Este del Telón de Acero, desde donde puedan tener sus emplazamientos las armas enemigas destinadas a batirla. Es, pues, en esta zona en donde Europa tiene la necesidad de poder golpear duro a fin de devolver golpe por golpe y conseguir de ese modo el equilibrio nuclear en la zona citada. Este equilibrio necesita, pues, de una proporción de aviones de gran bombardeo con capacidad atómica y proyectiles balísticos destinados a la contrabatería nuclear. El despliegue debe de serlo en profundidad, y todos los países tomar parte en esta responsabilidad. Pero esto es mucho más fácil de concebirlo que de realizarlo pues en los pueblos ha enraizado un miedo pavoroso a este tipo de guerra y los esfuerzos efectuados por los gobiernos responsable de tomar estas medidas tropieza con la resistencia popular a correr los riesgos de la acción de represalia enemiga. Así, en diciembre de 1958, el Consejo del Atlántico Norte, de nivel de Jefe de Gobiernos, tomó la resolución de montar rampas de lanzamiento en determinados países, pero en algunos de éstos, tales como Noruega y Dinamarca, las protestas populares fueron tan fuertes, que tuvieron que desistir. En la reunión de 1959 se ratificaron estos acuerdos, tocando esta vez a los italianos el protestar enérgicamente contra estas medidas, lo mismo que en Grecia. En 1960 volvieron a tomar los mismos acuerdos, pero con el mismo resultado, esta vez fué el pueblo inglés el que ha efectuado una serie de manifestaciones y campañas de agitación contra las pruebas atómicas, que ha conducido a los gobiernos a ir con pies de plomo en la senda emprendida. Claro que son los partidos extremistas y filocomunistas los directores de esta campaña, pues a los soviets les interesa en gran manera la continuación del *statu quo* actual.

Pero el poder de represalia del SAC americano se debilita cada día más debido a la amenaza de los proyectiles y los aeródromos situados en la península europea con este fin cada día tienen menos razón de ser, su desaparición dejaría a Europa inerte, es preciso sustituirlos sin titubeos por baterías de proyectiles que pongan en respeto a los preparados por el enemigo, con el fin de descorazonar a los que traten de agredirla con medios nucleares, tratando de no ser una apuesta masiva del drama que se desarrolle por encima de ella.

El doble «impass» estratégico, el global y el europeo, abrirá la vía a otras agresiones de otra especie, que lógicamente serán aquellas que su aparición no provoque la guerra total, o no afecten a toda Europa. Este tipo de agresiones darán lugar a guerras marginales que exigirán medios convencionales de lucha y que justifican la puesta a punto de divisiones clásicas o pentómicas.

LA TÁCTICA EUROPEA

Pero el montaje en profundidad, en toda Europa, de una serie de proyectiles balísticos en contrabatería, no basta, es preciso no sólo descorazonar al enemigo sobre el éxito de un ataque a las fronteras europeas, sino tratar de enquistar éste y rechazarlo sin necesidad de recurrir a los medios estratégicos, y, por consiguiente, sin el riesgo de llegar a una guerra total nuclear. Para ello se necesita un cinturón defensivo capaz de hacer desistir al enemigo de agresiones, limitarlas en el caso de que éstas se produzcan y obligar al enemigo a emplearse en fuerza si se decidiera a avanzar sobre Europa. Los medios necesarios para lograr todos estos objetivos y salvaguardar las fronteras europeas tienen que ser una combinación equilibrada de medios convencionales y de armamentos atómicos tácticos. De esta forma al enemigo se le obligaría a emplear grandes fuerzas para lograr su objetivo, con el riesgo de una reacción en cadena que comprometería en la lucha a medios cada vez más potentes que pudiesen terminar con la guerra total. La existencia de este escudo limitaría a los soviets a emplear únicamente los métodos de la guerra fría, lo que sería suficientemente para mantener la paz de Europa, o a tomar a sangre fría los riesgos de una guerra total, y estos riesgos son muy difíciles de calcular.

Como hemos dicho, este escudo apropiado para el enquistamiento de las agresiones que se pudieran producir en las fronteras orientales de Europa, que incluso se pudieran llegar a producir sin la intervención directa de Rusia, pero sí con su cobertura, es preciso que estén formadas por medios convencionales y nucleares, con el fin de darlas la potencia necesaria que exija el mantenimiento de un aparato militar en medios convencionales que arruinasen las economías de los Estados interesados. La Conferencia de Lisboa del año 1951 tuvo por objetivo el restablecimiento de la situación militar por medio de la creación de cincuenta Divisiones entre todos los países europeos de la N. A. T. O. y algunos norteamericanos. Pero la realidad ha sido que en los diez años transcurridos desde aquella conferencia, apenas si se han conseguido treinta, y eso a duras penas, debido a varios factores, siendo el económico el más importante, así como la confianza mantenida hace poco tiempo en la cobertura nuclear del SAC americano. Ante esta situación es forzoso introducir en el campo táct-

tico el nuevo armamento nuclear con el fin de conseguir un equilibrio en la zona táctica europea sin arruinar las economías de los países comprometidos. En la reunión del Consejo del Atlántico Norte del año 1954, se tomó esta decisión y desde entonces, aunque con gran prudencia, han entrado en juego, primero, la artillería atómica de 28 cm. norteamericana, y después una serie de proyectiles de corto alcance, tales como el «Sargeant», «Caporal» y el «Honest Jhon», capaces de lanzar cargas nucleares sobre las líneas enemigas.

En este campo de acción se continúan las investigaciones con el fin de conseguir pequeñas armas de fisión de dos a cinco kilotones, siendo los franceses en sus experiencias de Regan los que al parecer tratan de perfeccionarlos. El peligro de radiactividad remanente de estos pequeños explosivos nucleares es relativamente pequeño, pudiéndose, probablemente, sustituir en un próximo futuro las concentraciones de artillería convencional por algunas armas tácticas atómicas para conseguir resultados equivalentes. La relación entre los efectos causados por un grupo de artillería convencional y otro atómico puede llegar a ser de uno a veinte o uno a treinta, aunque estas cifras puedan estar sometidas a rectificaciones. Aproximadamente es la misma relación que la que se produjo cuando se cambió el proyectil esférico sólido de la artillería de campaña por el proyectil hueco explosivo, es decir, la granada, la humanidad pues ha pasado ya por otra prueba semejante.

Las concentraciones tácticas artilleras, desde los tiempos de la primera guerra mundial, precisas para conseguir un efecto de ruptura en un frente de diez kilómetros era de 30 grupos, es decir, 360 piezas. Las municiones necesarias se elevaban a varios centenares de toneladas. Para conseguir el mismo efecto se haría preciso un grupo de ingenios nucleares con cinco o diez toneladas de municiones. Estas comparaciones, un tanto groseras y sujetas a errores, sin embargo, son un índice evidente del aumento de potencia que supondría para Europa el mantenimiento en la zona táctica europea de unas fuerzas convencionales, pero con armamento de ingenios atómicos tácticos, el escudo sería lo suficientemente fuerte para que el agresor temiese estrellarse contra él, al mismo tiempo que la lanza representada por la capacidad nuclear de la estrategia global le contuviese. La política de intimidación de Occidente se vería completa si en las zonas de las dos estrategias y en la de la táctica europea se consiguiera un equilibrio. Claro es que ello desviaría la atención de los soviets hacia la consecución de otros objetivos, fuera del alcance de estas estrategias, originando guerras marginales como la de Laos, o situaciones como la de Cuba, el Congo o Argelia, apoyándose a veces en la propia política de su adversario, pues el anticolonialismo de Norteamérica hace que la represión de las sublevaciones llevadas a cabo por los países colonizadores, no sea lo efectiva que pudiera ser al faltarle la cobertura moral, política y nuclear de los Estados

Unidos, lo que hace que exista una tendencia hacia el abandonismo, que es aprovechada por los soviets para atizar con gran éxito el nacionalismo de los pueblos primitivos, que será muy difícil se escapen de caer bajo su zona de acción, política y económica primero, después militar, con lo que a la larga la situación del Occidente debilitado por estas pérdidas y con áreas de lucha repartidas en todos los continentes, será cada día peor.

CONSECUENCIAS POLÍTICO SOCIALES DEL EQUILIBRIO NUCLEAR

Apuntamos anteriormente que en la época de la aparición del explosivo producido por la descomposición molecular de la pólvora negra se produjo como consecuencia una concentración del poder en manos de la realeza, que era la única capaz de mantener los trenes de artillería de la época, dando nacimiento a la formación de las grandes nacionalidades europeas que han llegado hasta nuestros días. Pues bien, el empleo de la energía de la fisión y fusión del átomo en la guerra, es posible que tenga las mismas consecuencias pero en escala aún mayor. La investigación atómica es muy cara, a un solo país del tamaño de los europeos le es muy costosa el mantenerla, debiéndose de tratar de conseguirla en colaboración, tanto por las investigaciones como en las inversiones que ellas originan. Aún en el caso de lograr el explosivo técnicamente, como lo ha conseguido Francia en la cuatro experiencias de Regan, existe la necesidad de pasar a la fase industrial y aunque no sea ello imposible, si resulta sumamente costoso y oneroso para las economías nacionales. Todo ello origina una necesidad de colaboración europea a través de una organización supraestatal europea, ayudada naturalmente por los Estados Unidos, pero éstos sienten repugnancia por conceder capacidad estratégica a los pueblos pequeños, pues temen, y no sin cierta razón, que impulsados por necesidades o agobios de momento, empleen estas armas y dado que la guerra atómica es una guerra de represalia, podría este hecho marcar el principio de la guerra global, que los dos grandes contendientes están dispuestos a evitar a toda costa. En consecuencia, el empleo del explosivo nuclear en los armamentos europeos exige una organización supraestatal en donde estén representados todos los países europeos, que puede ser un organismo N. A. T. O. o independiente de éste, pero que ponga bajo su control la fabricación y el empleo de todas las armas atómicas disponibles. Ello facilitaría la ansiada unidad europea de una forma evidente y dividiría a las decisiones militares en dos grandes tipos: La del empleo del armamento nuclear sería cuestión del superestado, por el contrario el empleo de las armas convencionales correría a cargo de los Estados tradicionales. Esta organización traería poco a poco a la conciencia de los europeos una sensación

de unidad, de formar parte de un todo, olvidándose también, poco a poco, las añejas rivalidades que han producido las guerras europeas de esta última época y que han contribuido en forma extraordinaria a hundirla en su actual debilidad. De esta forma el peligro atómico puede ser el verdadero aglutinante para conseguir la unidad europea, que tantos beneficios nos representaría convirtiendo en bien lo que parece, después del examen de las ideas expuestas, un mal sin remedio.

ENRIQUE MANERA REGUERA